

Para descolonizar las tecnologías sociales: aproximaciones desde una metodología indisciplinada.

Autora: Cejas, Noelia.

Pertenencia institucional: Centro Experimental de Vivienda Económica - CONICET.

Mail: noelia_cejas@outlook.com

Mesa Temática: 16 - Resistencias y fracturas frente a la ofensiva neoliberal: producción de conocimientos y acciones locales.

Disciplinas: Hábitat, Metodología, Comunicación.

Palabras clave: Colonialidad - Tecnología Social - Metodología

Resumen

Este artículo se propone reflexionar respecto de la dimensión metodológica inmanente a procesos de producción de conocimiento orientados al desarrollo de tecnología social. Estas reflexiones emergen de un proceso territorialmente situado, gnoseológicamente plural, procurando abordar la trama compleja que compone el habitar, a partir de experiencias en el hábitat rural. En ese sentido, el abordaje del plano metodológico supone el cuestionamiento a la jerarquía del saber académico sobre otros saberes, procurando advertir, dialogar y de-subalternizar campos de producción de sentidos y formas de expresiones históricamente invisibilizados. Ir al encuentro de ese espacio silenciado, reconocerse y reconocer en el silencio.

1. Introducción

Las prácticas de producción de conocimiento para el desarrollo de tecnología, especialmente aquella tecnología orientada a resolver las profundas problemáticas que emergen del orden geopolítico-económico contemporáneo, operan desde una matriz epistemológica cuestionable, que invisibiliza o subalterniza los campos de experiencia de actores igualmente invisibilizados o subalternizados.

Por una parte, desde los paradigmas académicos heredados, se piensa a los artefactos técnicos como resultado de una aplicación lineal del saber científico, invisibilizando

otras gnoseologías capaces de arrojar una perspectiva de aporte a su constitución; por otra parte, desde una perspectiva determinista tecnológica, se proponen soluciones a problemáticas sociales a través de la sola instalación de artefactos, sin abordar o siquiera reconocer tramas sociales históricas, políticas, económicas y culturales en que se inserta; finalmente, y como corolario de las dos características anteriores, desde una concepción neutral de la tecnología se despliegan procesos de transferencia de tecnología, sin considerar la perspectiva situada de los actores, constituidos como meros receptores de esa tecnología, ya sea que se los contemple como productores o usuarios.

Por tanto, pensar los procesos de desarrollo tecnológico desde una perspectiva decolonial es considerado como una de las alternativas para transformar algunas de las condiciones de silenciamiento, a través de una matriz relacional que permita dislocar las jerarquías instituidas en procesos de este tipo, procurando un diálogo de saberes diversos, en un encuentro que se adapte a la definición del espacio que reúne a los actores.

El paradigma vigente de producción de conocimiento social sitúa a la palabra como el eje vertebrador de toda su producción, articulando allí las posibilidades de controlar el mundo de “lo real”. Foucault, en “Las palabras y las cosas” (1968), define a la episteme como un horizonte de sentido temporal situado, un “a priori histórico”, que ordena las condiciones de posibilidad para que unos discursos sean caracterizados como “conocimiento”, mientras que otros no. Allí, el saber científico es una modalidad discursiva enmarcada en un horizonte epistémico -histórico y político- que opera como un dispositivo de control y jerarquización entre diferentes órdenes de sentido. Esto nos remite a cierta denuncia que embandera Silvia Rivera Cusicanqui cuando dice que hay en el colonialismo una función muy peculiar para las palabras: “las palabras no designan, sino encubren” (2015:175).

Y remitimos a la perspectiva decolonial porque, como proyecto de pensamiento y acción, invita a pensar los límites de este paradigma de producción de conocimientos vigente. Castro-Gómez señala que las ciencias sociales han jugado -y juegan- un papel central en la consolidación del orden colonial por lo que es necesario indagar en los mecanismos que operan en ese orden de producción de sentidos. Si hay algo que la palabra lleva consigo, es la idea de los límites, no sólo en los términos que nos

referimos anteriormente sino, en su propia historia de legitimación. La palabra, especialmente si es escrita, construye leyes e identidades nacionales, diseña programas modernizadores, organiza la comprensión del mundo en términos de inclusiones y exclusiones (Castro-Gómez, 2000:148). Ese límite de lo que queda dentro de lo legal/autorizado, y lo que queda por fuera, marca las posibilidades de gobernabilidad de todo proyecto de modernidad. Así, la legislación del lenguaje dicta, además, las primeras leyes en materia de verdad; se revela que en el uso de la palabra, el lenguaje, remite a mucho más que su reglamento gramatical: se trata un sistema orientado a establecer relaciones de dominación (Zabala, 1992:2).

La situación de privilegio que se le otorga a este campo de producción de sentidos remite a la estrecha relación con que se presenta el uso de la palabra, especialmente la palabra proferida en el campo científico o académico, con la razón como sinónimo de erudición y en contraposición al saber empírico, el sentido común, la intuición u otras sensibilidades.

2. Saberes (des)autorizados

En ese sentido, junto a algunxs compañerxs, entendemos la necesidad de situarnos en tanto investigadorxs financiados por el Estado, es decir, señalar el modo en que entendemos los procesos de producción de conocimiento en esa trama relacional.

Esta perspectiva de investigación presenta un principio heurístico, la profundización de la idea de inclusión ya no sólo social, sino gnoseológica. Es decir, allí donde existan procesos de inclusión social (entramado en políticas públicas, planes de acceso a tecnologías, capacitaciones, etc.) se considera prioritaria una instancia de definición participativa, capaz de integrar saberes históricamente silenciados o subalternizados. Producir conocimiento es, siempre, agenciar la transformación del mundo, ya sea en un sentido dominante-reproductivo ya sea en un sentido descolonizador-transformador (Haber, 2017). En ese sentido es basto el trabajo de Farrés Delgado (2014), quien acuña el concepto de “colonización en praxis territorial” procurando dar cuenta de los procesos de sometimiento gnoseológico en el campo del hábitat. La construcción de alternativas a órdenes injustos supone un proceso de producción de conocimiento territorialmente situado, en recupero de emergentes locales.

Nuestra perspectiva, inscripta en la tradición crítica de pensamiento, se plantea la premisa de producir conocimiento científico-tecnológico para transformar condiciones de exclusión, de injusticia social. Es Boaventura de Sousa Santos quien dice “no habrá justicia social global, sin justicia cognitiva global” (2009:12) y esto hace mella en nuestro enfoque de trabajo, que va al encuentro de otros actores, otros campos de experiencia, otros saberes emergentes de tales campos. “Otros”, respecto del campo académico. Esa diferencia, que se hace jerarquía, es la que opera en el marco del orden dominante y que queremos dislocar.

Entendemos esa práctica –la de dislocar los órdenes gnoseológicos dominantes– como un reto político, epistémico, metodológico y conceptual. En ese sentido, las prácticas de co-construcción de conocimiento suponen un reto metodológico, el de recorrer el camino de producción de conocimiento con otrxs. Así, el diálogo, entendido como diálogo de saberes, es mucho más que una técnica de investigación. Corridxs de la definición etimológica de “diálogo”, encontramos en esa perspectiva un posicionamiento orientado al encuentro con otrxs, donde el gesto de producción de conocimiento es compartido y el espacio de enunciación de cada uno de los actores partícipes de tal proceso se articula desde el principio de igualdad esencial (Vasilachis, 2013). Esto lleva a la primera cuestión: ¿bajo qué condiciones es posible un diálogo de saberes?

La posibilidad de desarrollar un proceso de co-construcción de conocimiento enfrenta, casi en su primer movimiento, los límites de la deseable horizontalidad. Es que estos procesos no surgen desde un vacío, sino que se inscriben en el marco de experiencias que han torneado un tipo de relación social, que de manera sucinta podemos decir que jerarquiza el saber académico por sobre otros campos de experiencia y saberes. Así, quien asume el lugar de subalternidad en el proceso de producción de conocimiento lo hace, ante todo, respondiendo a una matriz relacional instituida, que precede al encuentro mismo en que se pretende dar por iniciado el camino de producción participativa de conocimientos. Es decir que el orden consabido que se señala existe para nosotrxs, académicxs e inhercialmente privilegiadxs en la relación de saber-poder y también para nuestrxs compañerxs en el proceso de investigación, quienes actúan bajo el código de relación que naturaliza tal asimetría.

Por lo tanto –en un movimiento transformador– este diálogo de saberes supone la reconfiguración de una relación social que requiere, al menos y en principio, tiempo y el común acuerdo de construir cercanía.

Entendemos, desde esta perspectiva, que este tránsito –cuyo punto inicial es el de asumir el espacio político que inviste al rol de investigador/a, compuesto en un devenir histórico que lo jerarquiza– requiere de un planteo metodológico que sea capaz de acompañar las profundas discusiones de orden epistémico y teórico que se vienen dando, críticas del orden instituido que privilegia unos campos de experiencia sobre otros.

No obstante lo que se señala, y aun cuando esta aclaración pueda ser obvia para quienes transitan procesos de este tipo, vale decir que esta posición no puede ser traducida como el silenciamiento del saber académico, al menos no como consigna general. En todo caso, entendemos que esa producción de cercanía implica profundizar nuestra capacidad de escucha activa, de interpelarnos en la práctica, de poner en jaque todo lo que creemos que sabemos y de correrlos de nuestros lugares comunes. Supone así transitar el proceso de transformación también de nostrxs mismxs y de nuestras certezas.

Existen, en ese orden instituido que se espera transformar, “saberes no autorizados”. Se trata de voces, saberes y experiencias que en el mejor de los casos son recuperados para ser traducidos, delimitados y retratados en la voz y el saber del campo de experiencia legítimo –autorizado– para la producción de conocimiento: el saber científico o académico. Este punto de subjetivación, que constituye esta relación de poder-saber, es el que requiere ser transformado, promoviendo (en cierta producción posibilitante de tal asimetría) la asunción de nuevas subjetividades, singularidades que subviertan el orden relacional actual.

Entendemos que para ello es necesario hacer de los procesos de producción de conocimiento una práctica artesanal, capaces de alojar otras expresividades y otras formas de producción de saber. ¿Otras expresividades son capaces de subvertir el orden (epistémico) dominante? Pensamos que sí, o que al menos es posible indagar en modos posibles de producción de sentido que desanden los modelos hegemónicos de producción y expresión de conocimiento, propias de la razón colonial. Nos lanzamos,

así, a un universo de sentidos cuyo carácter común es la disolución de la palabra, el vahído de sus privilegios y la oportunidad para darse al encuentro de otros mundos posibles, ya presentes, aun invisibilizados.

3. El silencio, como efecto de invisibilidad y como campo fulgurante de saberes

*El silencio
acecha mis palabras
cuando quieren escapar
de la atadura obligada,
de la censura previa,
de los testigos ocultos.
(Néstor Martínez)*

Este pequeño fragmento de poesía hace resonar algunas cuestiones centrales relativas al poder de la palabra, entendidas en la clave de denuncia que venimos señalando: hay una matriz de pensamiento, de producción y expresión de conocimiento, que remite a campos de experiencia y soportes discursivos privilegiados.

Escapar de la palabra obligada, como quien escapa de un vórtice que acumula todo en un mismo flujo de sentidos, invita a reconocer que en ella -entendida como la palabra erudita, en un registro que es netamente académico- se resume la relación saber-poder en la que, además y especialmente, se inscribe la posibilidad de silenciar otras expresiones, otros campos de experiencia y producción de conocimientos. *Ataduras obligadas* en el campo académico, al menos por ahora, que intentamos transformar.

En ese sentido, Silvia Rivera Cusicanqui invita a transitar la experiencia de reconocer y trabajar desde otras expresividades, como un ejercicio de subjetivación que subvierta ese orden, a través de una micropolítica de la investigación alternativa a la logocéntrica, entendiendo que si luego hay que volver a la palabra, bueno, el gesto de libertad ya está instalado.

Transitar ese recorrido es una idea subversiva, que hace del silencio un universo vasto. Allí, la relación entre la palabra y el silencio es pensada como una solidaridad, ya no sólo como escucha o meditación previa, sino como espacio creativo, habilitante de otros

modos de vínculo, de otros lenguajes, otras sensibilidades y de otras temporalidades. En ese nivel entendemos que habita una micropolítica capaz de producir un devenir investigativo-político disruptivo del orden epistémico dominante.

Ese devenir integra dos movimientos sinérgicos. El de reconocer el silencio como efecto de silenciamiento, y la búsqueda de la comunicación, desentendida de la centralidad de la palabra, pero especialmente yendo al encuentro con aquello que habita en esos silencios, entendidos como espacios de sentido nutridos de experiencias y saberes desanclados de la matriz dominante de pensamiento.

Algunas experiencias de investigación, llenas de buenas intenciones pero cargadas de prácticas coloniales, nos permitió comprender el efecto de silenciamiento que produce la insistente invitación a “conversar”. El diálogo de saberes, tomado en su definición más literal, produce una escena imposible de sostener: no importa que tan pretendidamente persuasiva pueda ser nuestra postura epistémica, convocando a la producción participativa del conocimiento, en tanto reproduzcamos las prácticas consabidas no es posible transformar ese orden dominante.

En ese sentido, Walter Mignolo (2003) convoca a cambiar "los términos de la conversación y no sólo los contenidos", es decir, plantea la importancia de pensar desde/con categorías de pensamientos, saberes y expresividades negadas o silenciadas por la retórica de la ciencia moderna/occidental/colonial. En la idea de términos de la conversación, entendemos además que subyace un cuestionamiento a las metodologías con que se instaura la relación en los territorios, aspecto ineludible e inescindible de este planteo teórico y epistémico.

Esto supone dismantelar un dispositivo que se estableció desde la orilla académica, que aun cuando busca atender problemáticas sentidas de injusticia social, no necesariamente logra detener la recurrente producción de subalternos, a través de lógicas que no hacen más que reproducir la jerarquía con que se diferencian los campos de experiencia y saber: el extractivismo epistémico que encierra la idea de informante, entrevistado, encuestado, en fin, la innegable asimetría de ser el “sujeto por conocer” o la utilitaria relación de dominación en la que sólo se espera del otro obediencia ante el saber

“legítimo”. Explotación y dominación, dos elementos permanentes en este fenómeno de poder, al decir de Pablo Quintero (2014).

Esa clausura inicial, con que se define a los sujetos en diálogo, contiene una forma de silenciamiento potente. Instituye un modo de relación jerárquica, algo que Gayatri Spivak (2000) señala como la no-externalidad entre el proyecto moderno colonizador y el (su) modelo de producción de conocimiento, incluyendo sus modalidades de representación. Esto implica que es necesario advertir que no se trata de recuperar voces, sino de trazar un modo de vinculación que permita un reconocimiento mutuo, de producir verdadera cercanía, entendida como una decisión política en la cual existe una toma de posición en la práctica efectiva de encuentro: asumir las diferencias, reconocer la trayectoria en la que se inscriben las relaciones que se pretenden alternativas y darse a la posibilidad de subjetivar en otros modos de encuentro.

Profundizando en estas últimas ideas, encontramos valioso reconocer, trabajar, en las prácticas de investigación, que partan por advertir colectivamente las condiciones de subalternidad, ya no necesariamente del modelo de producción de conocimiento académico, sino del proyecto político que lo contiene. Paulo Freire, preguntando también por la dimensión metodológica o procesual de su pedagogía para la libertad, sintetiza en una frase estos cuestionamientos:

El gran problema radica en cómo podrán los oprimidos, como seres duales, inauténticos, que “alojan” al opresor en sí, participar de la elaboración de la pedagogía para su liberación. Sólo en la medida en que se descubran “alojando” al opresor podrán contribuir a la construcción de su pedagogía liberadora. (Freire, 1970:4)

Algunas experiencias incipientes de trabajo con comunidades rurales, históricas “beneficiarias” de planes de modernización, nos ponen en diálogo a partir del abordaje del hábitat, como dimensión de existencia en la cual se entrelazan y entraman saberes largamente silenciados, oprimidos, subalternizados.

Los procesos de producción de hábitat rural, en los lugares que hemos conocido del noroeste cordobés (Argentina), suponen procesos de autoconstrucción a partir de recursos disponibles en el lugar articulados -en mucha menor medida- con materiales

industrializados. No obstante estas definiciones endógenas, que intentan articular necesidades habitacionales con materiales disponibles y cualidades funcionales con prácticas habituales, existe un sistemático ejercicio de sanción sobre estas formas de producción¹, especialmente a través de intervenciones estatales.

Sucesivas prácticas discursivas y políticas concretas menosprecian, desaprovechan, invisibilizan estas formas de expresión de saberes, entrelazando estas formas de producción del hábitat al imaginario de lo precario, lo inseguro, lo insalubre, etc. Se fagocita así una subvaloración de estas formas tecnológicas, desaprovechando las cualidades técnicas y las potencialidades endógenas, propiciando además el abandono de estas formas tecnológicas y el traspaso generacional de este saber.

Esta experiencia, a la que se hace tan breve referencia, articula actores locales, estatales y de injerencia regional, procurando recuperar la potencialidad de esos saberes, sin negar la necesidad de buscar soluciones a problemáticas sentidas en el hábitat rural plantea, al tiempo que se favorece el fortalecimiento de prácticas productivas autóctonas (una dimensión del hábitat rural, inescindible de lo residencial).

En ese sentido, se plantea un proceso de investigación (que es mucho más que eso) capaz de articular otros modos de producción de conocimientos, que subvierta los procesos de silenciamiento sin tampoco instaurar un proceso de recupero de un pasado idílico.

Al reconocimiento de las formas en que se produce el silencio, como silenciamiento, se continúa la búsqueda de la comunicación. De tal manera que nos proponemos ir al encuentro con aquello que habita en esos silencios, como espacios de sentido nutridos de experiencias y saberes desanclados de la matriz dominante de pensamiento.

4. De la metodología (o, de la voluntad política de correrse de los lugares de saber-poder, por parte de quienes los investimos).

1 El problema del chagas es central, recurrente e irresuelto cuando de hábitat rural se trata. No obstante, la pretensión del Estado por suministrar soluciones a esta problemática muchas veces se traduce en intervenciones que no dialogan con las definiciones de hábitat locales, imponiendo tecnologías y por tanto habilitando/inhabilitando prácticas de uso, que finalmente tampoco resuelven el problema.

El carácter transicional con que entendemos ese diálogo requiere de ese gesto político y volitivo, que en parte es reproductor de la asimetría consabida. Es decir, en algún punto depende de la voluntad de quien ejerce el poder de abandonar los dispositivos convencionales. Pero justamente por ser un gesto político decolonial, entendemos que se trata de una asimetría posibilitante, en tanto no depende de una voluntad que solapadamente reproduce relaciones verticalistas, sino que es un gesto que instituye otros modos de comunicación, como proceso de producción de conocimientos, asentado en la premisa de incompletitud de todo saber (De Sousa Santos, 2009).

La incompletitud de todo saber tiende un puente que excede los límites del saber académico (por lo tanto, no se refiere simplemente a la lógica interdisciplinaria de producción de conocimiento) sino que conecta con otras formas de producción y expresión de conocimientos. Así, el pensar en una metodología indisciplinada, tal como Haber señala (2011) supone abandonar los supuestos disciplinares, y entre otros aspectos, convida a cuestionarnos: ¿cuáles son las relaciones sociales que mantengo con aquello que he dado en llamar “objeto de estudio”? ¿Qué de ello me ha conmovido, ha establecido una relación vital, y me ha planteado el deseo de problematizarlo? La investigación indisciplinada hace del problema de investigación la necesidad de configurar una situación concreta y una excusa para pensarnos y revelarnos (más que revelar una verdad oculta fuera de sí) en una relación en la que somos sujetos activos de sujeción y objetivación. No para hacer de nosotros el eje de indagación, sino para contrarestar la invisibilidad del espacio de enunciación, la *hybris* de punto cero (Castro Gomez, 2005), que opera en la matriz colonial de producción de conocimiento.

Esa puesta en relación, el reconocimiento de los vínculos sociales que entran en el proceso de investigación, habilita un espacio de construcción de redes que posibilitan otras subjetividades, otros modos de estar con otros en el proceso de producción de conocimiento, más allá o por fuera de las instituidas.

En ese sentido, la voluntad de construir cercanías supone relaciones de solidaridad, que se establecen en el tiempo componiendo objetivos comunes y transformaciones intersubjetivas. Es decir, el proceso de investigación que se describe supone transformaciones, mudanzas en palabras de Alejandro Haber. Se trata de una empresa abierta a una transformación profunda de quienes emprenden como cuerpos-

investigadores el proceso o ejercicio de conversación (Haber, 2011). Esta afirmación, puesta a contraluz de todo abordaje disciplinar-metodológico, hace visible la coraza que constituye tales prefiguraciones, la imposibilidad de acceder a sentidos novedosos, transformadores, distintos de lo previsto. La metodología disciplinada impide ese encuentro auténtico, la cercanía transformadora contenida en el diálogo de saberes que disuelve los límites de lo instituido, habilitando nuevos órdenes, micro y macro políticos.

5. Palabras finales

Las prácticas de producción de conocimiento operan desde una cuestionable matriz epistemológica que invisibiliza o subalterniza los campos de experiencia de actores igualmente invisibilizados o subalternizados. Proponer el ejercicio de prácticas situadas de producción de conocimiento, no deviene simplemente de una provocación de orden ético o moral, no se trata de un ejercicio solapado de reproducción de la matriz vincular asimétrica, que se acerca a otros actores para “darles voz”. Por el contrario, salirse de ese modo relacional, aun con los vestigios que conservemos en este proceso de transición y de transformación hacia otros modos posibles, consiste en reconocer la autonomía con que cada actor despliega sus campos de sentido, y advertir que el diálogo, abierto a nuevos criterios de jerarquización entre conocimientos, es un aspecto que complejiza y abre nuevas posibilidades para la resolución de problemáticas sociales.

Al principio mencionamos el carácter transicional con que se entiende el diálogo de saberes, que en parte requiere de la reproducción de la asimetría, desde un enfoque posibilitante del encuentro. Entendemos que se trata de una definición no sólo epistémica, sino metodológica y transversalmente política. Esa posición política de la propuesta nos recuerda al Calibán, un personaje de William Shakespeare, en la obra teatral “La Tempestad”. Este personaje, muchas veces recuperado en la filosofía latinoamericana, encarna buena parte de este gesto transicional: éste, siendo el personaje dominado al que se le impone el uso de una lengua, es también quien la aprende para usarla como un arma, para maldecir al dominador con ella. Dice Liendo (2015) sobre esto: *En un gesto poscolonial, el subalterno emerge de su condición y cambia de signo axiológico una estructura de dominación, en este caso, la lengua para usarla como una potente reafirmación de sí.* Desde ese gesto planteamos un necesario escenario de disputa, pero advirtiendo que no es ese el horizonte.

Es decir, entendemos que es importante esta instancia de transición, que permita poner en la superficie de lo audible, lo visible, lo inteligible y lo ponderable de otras formas de producción y expresión de conocimientos. Por esto, nos interesa el presente, ese es el escenario de resistencia y transformación. Ahí es donde intentamos una forma de elaborar la cercanía, el interconocimiento a través de marcos epistemológicos sensibles y perspectivas metodológicas capaces de producir una cercanía no instrumental, es decir indisciplinada, capaz de mudar hacia vínculos sociales solidarios en el marco de procesos de producción de conocimiento.

Bibliografía.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago (2000). *Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la "invención del otro"*. En libro: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Edgardo Lander (comp.) Buenos Aires: CLACSO.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago (2005). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e Ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano, Instituto Pensar

DE SOUSA SANTOS, Boaventura (2009). *Una epistemología del sur: la reivindicación del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI. CLACSO.

FARRÉS DELGADO, Yasser. (2014), "Críticas decoloniales a la arquitectura, el urbanismo y la ordenación del territorio", Granada, Tesis Doctoral. Publicada por la editorial de la Universidad de Granada.

FOUCAULT, Michel (1968) *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires, Siglo XXI Ed. 2005.

FREIRE, Paulo (2002). *Pedagogía del Oprimido*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

HABER, Alejandro (2011) "Nometodología Payanesa: Notas de metología indisciplinada". En revista Chilena de Antropología N° 23, 1° semestre pp.9-49. Santiago de Chile: Universidadde Chile.

SPIVAK, Gayatri Ch. (2003)"Puede hablar el subalterno?. Revista Colombiana de Antropología, N° 39enero-diciembre, pp. 297-364

LIENDO, María Cristina (2015). "Acerca de la colonialidad Jurídica" En:*Discursos políticos contemporáneos: espacios de Producción de conocimientos y acciones locales*. II Simposio Internacional sobre Estudios Latinoamericanos: Diálogos

interdisciplinarios sobre sociedad, historia, cultura, frontera y territorio (antropología, historia, ciencias sociales, geografía, música popular). Villa María, Córdoba.

MIGNOLO, Walter (2003). *Historias locales / diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, trads. Juan María Madariaga y Cristina Vega Solís. Madrid: Akal.

QUINTERO, Pablo (2014) “Sobre la matriz colonial de poder”. En Palermo, Zulma (comp) *Para una Pedagogía Decolonial*. Buenos Aires. Del Signo.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia (2015). *Sociología de la Imagen. Miradas ch'ixi desde la historia andina*. Buenos Aires: Tinta Limón

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (2013). *Investigación Cualitativa: Metodologías, Estrategias, Perspectivas, Propósitos*. En N. K. Denzin e Y. Lincoln, *Manual de Investigación Cualitativa Vol. III*. Barcelona: Gedisa.

ZAVALA, Iris (1992). *De 'invenciones': palabras liminares*. En *Discursos sobre la*

,

i

n

v

e

n

c

i

ó

n

,

d

e

A

m

é